

- El mismo doble.
 — El as.
 — ¡El as! Pues bien, el cinco.
 — No tengo.
 — ¿Creo que eres tú quien has puesto?
 — Sí.
 — El blanco.
 — ¡Qué suerte tiene! ¡Ah! ¿conque tienes suerte?...
 (Larga cavilacion.) El dos
 — El as.
 — Ni cinco ni as. Esto es cargante para la
 — Dominó.
 — ¡Por vida del Dios Baco!

LIBRO SEGUNDO

E P O N I N A

I

EL CAMPO DE LA CALANDRIA

Marius habia asistido al inesperado desenlace de la emboscada en cuyas huellas habia él puesto á Javert; pero apenas salió este de la casucha Gorbeau, llevándose sus prisioneros en tres fiacres, cuando Marius á su vez se escurrió fuera de la casa. Aún no eran más de las nueve de la noche. Marius se dirigió á casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable morador del barrio latino; habia ido á habitar en la calle de la Verrerie « por razones políticas; » este barrio era uno de aquellos en que la insurrección se

instalaba en aquella época con las mayores facilidades. Marius dijo á Courfeyrac : Vengo á pasar la noche en tu casa. Courfeyrac sacó un colchon de su cama, que tenía dos, le tendió en el suelo, y dijo : Ahí tienes donde pasarla.

Á la mañana siguiente, á eso de las siete, Marius volvió á la casucha, pagó el plazo de alquiler y lo que debía á la señá Bougon, hizo cargar en un carreton sus libros, su cama, su mesa, su cómoda y sus dos sillas, y se marchó, sin dejar las señas de su nueva morada; de modo que, cuando Javert volvió allí aquella misma mañana, con el objeto de interrogar á Marius acerca de los sucesos de la víspera, no encontró sino á la señá Bougon que le respondió : ¡Se ha mudado!

La señá Bougon estaba convencida de que Marius era algo cómplice de los ladrones cogidos allí la noche ántes. — ¿Quién lo hubiera dicho? exclamaba ella en casa de los porteros del barrio, un jóven que más bien parecía una muhachita!

Dos razones habian movido á Marius para efectuar aquella mudanza tan repentina. La primera, el horror que le inspiraba ya aquella casa, donde habia él visto, tan de cerca y en todo su mayor desarrollo y su más repugnante y feroz ostentacion, una fealdad social más horrenda aún tal vez que el rico malvado : el pobre malvado. La segunda, porque no queria él figurar en la causa, cualquiera que ella fuese, que se seguiria probablemente, por no verse obligado á declarar contra Thénardier.

Javert creyó buenamente que aquel jóven, cuyo nombre no habia él conservado, habria tenido miedo y se habria ahuyentado de allí, ó bien que tal vez no habia entrado aún él en su cuarto en el momento de la emboscada. Sin embargo, hizo algunas diligencias para volverle á hallar, pero no lo consiguió.

Transcurrió un mes, y despues otro. Marius continuaba

siempre viviendo con Courfeyrac. Por un jóven pasante de abogado y habitual paseante de la sala de Pasos-Perdidos, supo él que Thénardier se hallaba incomunicado. Todos los lúnes hacia entregar Marius al alcaide de la prision de la Force cinco francos para Thénardier.

No teniendo ya dinero, Marius le tomaba prestado de Courfeyrac. Era esta la primera vez que en su vida habia él pedido dinero prestado. Estos cinco francos periódicos eran un doble enigma, para Courfeyrac que los daba y para Thénardier que los recibia. — ¿ Á quien irá á parar esto? decia para sí Courfeyrac. — ¿ De dónde me vendrá esto? se preguntaba Thénardier.

Por lo demas, Marius se hallaba afligido en extremo. Todo habia vuelto á entrar para él en un escotillon. Ya no veia nada en su presencia; su vida se sumergió de nuevo en aquella sombra misteriosa donde él á tientas divagaba. Habia vuelto á ver, por un momento, muy cerca, en aquella lóbrega mansion, á la jóven á quien amaba y al anciano que parecia ser su padre, á aquellos seres desconocidos que constituian su único interes y su única esperanza en este mundo; y en el momento en que creia haberlos encontrado para no perderlos ya de vista jamas, un soplo se habia llevado todas aquellas sombras. Ni un solo rayo, ni una sola chispa de certidumbre y de verdad habia salido siquiera de un choque tan extraordinario y tan espantoso. Ninguna conjetura le era ya posible. Ni aún sabia el nombre que hasta entónces creia saber. De seguro que ya no era Úrsula; y la Calandria era apodo. Pero, ¿ qué pensar del anciano? ¿ Se ocultaba él, en efecto, de la policia? Al instante le vino á la memoria aquel obrero de las melenas blancas que encontró él un dia en las cercanias de los Inválidos. Ahora ya le parecia probable que aquel obrero y el señor Leblanc era el mismo hombre. ¿ Luego se disfrazaba? Aquel hombre tenia ciertos aspectos heroicos y ciertos aspectos

equivocos? Por qué no habia gritado pidiendo auxilio? ¿por qué se fugó? ¿era él, si ó no, el padre de aquella jóven? por último, ¿era él en realidad el hombre á quien Thénardier habia creído reconocer? ¿seria tal vez que Thénardier se hubiera engañado? Todos estos eran para él otros tantos problemas sin solucion y sin salida. Es verdad que todo esto no disminuía en nada los angélicos encantos de la jovencita del Luxemburgo. ¡Triste desamparo! ¡angustia punzante! Marius tenia una pasion en el alma y la noche en los ojos. Hallábase al mismo tiempo impelido y atraído, y no le era dado moverse siquiera. Todo para él se habia desvanecido, excepto el amor. Aún del amor habia él perdido los instintos vivaces y las súbitas inspiraciones. Generalmente esta llama que nos abrasa nos ilumina tambien algo, derramando sobre nosotros algun resplandor útil para la vida exterior. Pero Marius no oia ya estos sordos consejos de la pasion. Jamas se decia él: ¿Y si fuese yo allá? ¿y si probase á hacer tal cosa? Aquella á quien él no podia ya apellidar Úrsula estaba sin duda en alguna parte: nada, ningun indicio advertia á Marius hácia qué lado convenia buscar. Toda su vida podia resumirse ahora en dos palabras: una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable. En cuanto á volverla á ver, él aspiraba siempre á ello, pero no abrigaba ya la menor esperanza.

Para colmo de desventura, la miseria volvía á acometerle de nuevo; sintiendo ya muy cerca, y detras de él, el soplo de aquel cierzo glacial. En todas estas tormentas, y desde mucho tiempo ántes ya, habia él interrumpido las tareas de su trabajo, y nada es tan peligroso como el trabajo interrumpido; el hábito se va y se extingue. Hábito fácil de abandonar, y harto difícil de recobrar una vez abandonado.

Cierta cantidad de ensueños y delirios es buena, como lo es un narcótico en discreta dosis. Esto sirve para ador-

mir las fiebres, duras á veces, de la inteligencia en asiduo ejercicio, y hace que emane del espíritu un vapor suave y fresco que corrige los demasiado ásperos contornos del pensamiento puro, rellena acá y acullá los vacíos é intervalos, liga las ensambladuras y esfuma la parte angulosa de las ideas. Pero demasiado delirar y demasiado soñar sumerge y ahoga. ¡Desgraciado del trabajador del espíritu que se deja caer enteramente desde el pensamiento en el delirio! Cree que volverá á ascender en esa escala con facilidad, y dice para sí que, sobre todo, viene á ser lo mismo. ¡Se equivoca!

El pensamiento es la obra de la inteligencia, el delirio es su deleite. Reemplazar el pensamiento por el ensueño y el delirio es confundir un veneno con un alimento.

Marius, segun recordará el lector, habia empezado por aquí. Sobrevinole despues la pasion y acabó de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo. Ya no salia de casa sino para ir á soñar. Alumbramiento perezoso. Abismo tumultuoso y estancado. Y, á medida que el trabajo disminuía, las necesidades aumentaban. Esto es una ley. El hombre, en ese estado de ensueño y de desvarío, es naturalmente pródigo y flojo. Un espíritu suelto y dilatado no es posible que tenga la vida estrecha. En este modo de vivir, hay bien mezclado de mal, pues si el enervamiento es funesto, la generosidad es sana y buena. Pero el hombre pobre, generoso y noble, que no trabaja, está perdido. Los recursos se agotan, y las necesidades surgen y se multiplican cada dia.

Pendiente fatal, por donde son arrastrados los más probos y los más firmes, como los más débiles y los más viciosos, y que acaba en uno de estos precipicios, el suicidio ó el crimen.

Á fuerza de salir para ir á soñar, llega un dia en que se sale para ir á arrojarse al rio.

El exceso de delirio produce los Escousse y los Lebras.

Marius iba descendiendo esta pendiente, á paso lento y fijos los ojos en aquella á quien ya no veía. Lo que acabamos de escribir aquí parece extraño, y sin embargo es cierto. La memoria de un sér ausente se aviva y se enciende en las tinieblas del corazón; cuanto más ha desaparecido, tanto más irradia y resplandece; el alma desesperada y oscura ve esta luz en su horizonte, como una estrella de la noche interior. ¡Ella! aquí se cifraba todo el pensamiento de Marius. No soñaba en ninguna otra cosa; percibiase él confusamente de que su frac viejo se hacia ya un frac imposible, es decir, de todo punto inservible, y que su frac nuevo se convertía á toda prisa en frac viejo, que sus camisas se usaban, que su sombrero se deterioraba, que sus botas se desgastaban, es decir, que su vida se iba consumiendo, y decía para sí: ¡ Si pudiera volverla á ver una vez siquiera ántes de morir!

Una sola idea grata le quedaba, y es que Ella le habia amado, que su mirada se lo habia dicho, que ella no conocía su nombre, pero que conocía su alma, y que tal vez allí doquiera que estuviere, cualquiera que fuese aquel lugar misterioso, ella le amaba aún. ¿ Quién sabe si ella no pensaria en él, como él pensaba en ella? Á veces, en ciertas horas inexplicables, como las tiene todo corazón que ama, no teniendo sino motivos de dolor, y sintiéndose sin embargo un oscuro y súbito estremecimiento de alegría, decía él para sí: ¡ Esto debe de ser sus pensamientos que vienen hácia mí! — Y despues añadía: Tal vez mis pensamientos llegan hasta ella también.

Esta ilusión, sobre la cual movía él la cabeza un momento despues, en señal de pena, de duda y de desesperación, lograba sin embargo derramar en su alma ciertos rayos que á veces se asemejaban á la esperanza. De vez en cuando, sobre todo á esas horas de la tarde que más sue-

len entristecer al que sueña, dejaba él caer sobre un cuaderno de papel donde ninguna otra cosa se hallaba escrita, lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los delirios con que el amor le poblaba el cerebro. Á esto le llamaba él « escribirla. »

Y no se crea que su razón se hallaba descompuesta. Al contrario. Había él perdido la facultad de trabajar y de moverse firmemente hácia un objeto determinado; pero poseía más que nunca la perspicacia y la rectitud. Marius veía á una luz serena y real, aunque singular, todo cuanto á su vista pasaba, hasta los hechos y los hombres más indiferentes; formando de todo ello el juicio más cabal y exacto que él expresaba brevemente con una especie de abatimiento honrado y de cándido desinterés. Casi destacadado de la esperanza, este juicio se cernía manteniéndose siempre á cierta elevación.

En tal situación de espíritu, nada se le escapaba, nada le engañaba, y á cada instante descubría él el fondo de la vida, de la humanidad y del destino. Dichoso, aún en las mayores angustias, aquel á quien Dios ha dado un alma digna del amor y de la desgracia! El que no ha visto las cosas de este mundo y el corazón de los hombres á esa doble luz, nada ha visto en el campo de la verdad y nada sabe.

El alma que ama y que sufre se halla en un estado sublime.

Por lo demás, los días se iban sucediendo sin que nada nuevo se presentara. Parecía solamente que el espacio sombrío que le quedaba que recorrer se estrechaba y disminuía á cada instante. Creía él ya entrever distintamente el borde de aquel escarpe sin fondo.

— ¡ Cómo! se repetía, sería posible que no volviese yo á verla ántes!

Quando se ha subido la calle de Saint-Jacques, dejade á

un lado la barrera y seguido algun tiempo á la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Santé, despues á la Cacière, y un poco ántes de llegar al arroyo de Gobelins, se encuentra una especie de campo que es, en el largo y monótono recinto de los boulevards de París, e. único sitio donde Ruisdael tendria tentaciones de sentarse.

Allí se encuentra ese no sé qué de donde se desprende la gracia, una verde pradera atravesada de largas cuerdas tendidas donde unos pingajos se secan al viento, una antigua granja de hortelanos construida en tiempo de Luis XIII, con su gran tejado caprichosamente agujereado de guardillas, unas empalizadas en ruinas, un poco de agua entre unos álamos, mujeres, risas, voces; y en el horizonte, el Panteon, el árbol de los Sordos-Mudos, el Val-de-Grâce, negro, rechoncho, fantástico, divertido, magnifico, y en el fondo, la severa cumbre cuadrada de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de ser visto, nadie va á visitar jamas. Todo lo más que pasa por allí es una carreta con su carretero cada cuarto de hora.

En cierta ocasion sucedió que los paseos solitarios de Marius le condujeron á este terreno, junto á esta agua. Aquel dia habia en este boulevard una rareza, un transeunte. Vagamente sorprendido del encanto casi salvaje del sitio, preguntó á aquel pasajero: — ¿Cómo se llama este paraje?

El transeunte respondió: — Este es el campo de la Calandria.

Y añadió: — Aquí fué donde Ulbach mató á la pastora de Iyry.

Pero despues de esta palabra: la Calandria, ya Marius no habia oido nada. En la situación del que sueña, hay de esas congelaciones súbitas que una sola palabra basta para producirlas. Todo el pensamiento se condensa bruscamente en derredor de una idea, y ya no es capaz de ninguna otra percepcion. La Calandria, tal era el nombre que, en las pro-

fundidades de la melancolia de Marius, habia reemplazado á Úrsula. — Vaya, dijo él para sí, en la especie de estupor irreflexivo que es propio de estos « aparte » misteriosos, este es su campo. Aquí sabré donde ella habita.

Esto era absurdo, pero irresistible.

Y todos los dias venía él ya á este campo de la Calandria.

II

FORMACION EMBRIONARIA DE LOS CRÍMENES EN LA INCUBACION
DE LAS PRISIONES

El triunfo de Javert en la casucha Gorbeau habia sido completo, pero no lo habia sido enteramente.

En primer lugar, y esto era lo que le tenia más inquieto, Javert no habia hecho prisionero al prisionero. El asesinado que se evade es más sospechoso aún que el asesino; y es probable que aquel personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no era tampoco mala presa para la autoridad.

Ademas, Montparnasse tambien se le habia escapado á Javert.

Era menester esperar otra ocasion para echar el guante á aquel «lechuguinito del diablo.» Con efecto, habiendo encontrado Montparnasse á Eponina, al tiempo que estase hallaba en acecho bajo los árboles del boulevard, se le habia llevado consigo, prefiriendo ser Nemorin con la hija á ser Schinderhannes con el padre. Y á fe que le salió bien

la cuenta, puesto que se hallaba libre. Por lo que hace á Eponina, Javert la habia hecho «recobrar,» ó poner á buen recaudo á última hora, lo cual era siempre un consuelo mediocre para él. Eponina fué á acompañar á Azelma en la cárcel de las Madelonetas.

Por último, en la travesía de la casucha Gorbeau á la prision de la Force, uno de los principales presos, Claquesous, se habia escabullido. Nadie podia darse razon de cómo habia sucedido esto; los guardas y los agentes de policia «no comprendian nada» de semejante desaparicion; aquel hombre se habia convertido sin duda en vapor, se habia soltado de las esposas y escurrido de entre las cuerdas que le sujetaban, se habia colado tal vez como el viento por las rendijas del carruaje, estaba rajado el fiacre y él se habia volado como el humo? No se sabia qué decir, sino que, al llegar á la cárcel, ya no pareció Claquesous. Habia en esto algo de duendes ó hechizos, ó de la policia. ¿Se habia derretido Claquesous en las tinieblas, como un copo de nieve en el agua? ¿Habia habido en tan extraño eclipse secreta connivencia de los agentes? ¿Pertenecia tal vez aquel hombre al doble enigma del desorden y del orden? ¿Era él concéntrico á la infraccion y á la represion? ¿Tenia acaso aquel esfinge las patas delanteras en el crimen y las patas traseras en la autoridad? Javert no aceptaba tales hipótesis, semejantes combinaciones, y se le habria á él erizado el pelo y se habria sublevado su espíritu contra tales compromisos; pero su escuadra comprendia otros inspectores que él, tal vez más iniciados que él mismo, aunque eran sus subordinados, en los secretos de la prefectura, y Claquesous era un malvado de tal especie, que podia ser al mismo tiempo un muy buen agente. Hallarse en tan íntimas relaciones de escamoteo con la noche, era una cosa excelente para el bandidaje y admirable para la policia. Existen algunos de estos bri-

bones de dos filos, ó que hacen á pluma y á pelo. Sea lo que quiera, el hecho es que Claquesous, una vez perdido, no se le volvió á encontrar. Javert se mostró más iritado que admirado de este suceso.

Por lo que hace á Marius, «aquel bobo de abogado que » probablemente había tenido miedo, » y cuyo nombre había olvidado Javert, tenía éste poco interés en saber de él. Por lo demás, un abogado, es cosa que se vuelve á hallar siempre. ¿Pero sería él solamente un abogado?

Ya había comenzado la informacion.

El juez de instruccion creyó útil no poner en comunicacion á uno de los hombres de la banda Patron-Minette, esperando que charlaría algo. Este hombre era Brujon, el melenudo de la calle del Petit-Banquier. Le habían soltado en el patio de Carlomagno, y la vista de los celadores no se apartaba de él un instante.

Este nombre de Brujon es una de las memorias de la Force. En el horrible patio llamado del Edificio-Nuevo, que la administracion denominaba de San Bernardo, y que los ladrones bautizaron con el nombre de la Fosa-de-los-Leones, en aquella pared cubierta de escamas y de lepra que ascendía á la izquierda hasta la altura de los tejados, junto á una puerta vieja de hierro, herrumbrosa, que conducía á la antigua capilla del palacio ducal de la Force, convertida en dormitorio de ladrones y asesinos, veíase aún, hace doce años, una especie de bastilla groseramente esculpida con un clavo en la piedra, y por bajo de ella esta firma:

BRUJON, 1811.

El Brujon de 1811 era el padre del Brujon de 1832.

Este último, á quien sólo se pudo entrever en la emboscada Gorbeau, era un robusto mozo, muy astuto y muy diestro, que tenía un semblante como pasmado, aturdido y plañidero. Estas trazas de aturdido fueron las que deter-

minaron al juez de instruccion á soltarle, creyendole más útil en el patio de Carlomagno que incomunicado en un calabozo.

Los ladrones no interrumpen sus operaciones porque estén en manos de la justicia. No se apuran ellos por tan poca cosa. El hallarse en la cárcel por un crimen, no impide el comenzar desde allí mismo la perpetracion de otro crimen. Son artistas que tienen un cuadro en la sala, pero que no por eso dejan ellos de trabajar en una nueva obra que está en su taller.

Brujon parecía estupefacto en la cárcel. Veíanle á veces horas enteras en el patio de Carlomagno, de pié junto al ventanillo del cantinero, contemplando como un idiota aquel sórdido cartel donde estaba escrita la tarifa de precios de la cantina, y que empezaba por: *ajo, 62 céntimos*, y acababa por: *cigarro, cinco céntimos*. Ó bien pasaba el tiempo temblando, dando diente con diente, diciendo que tenía calentura, y averiguando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas destinadas á los calenturientos.

De improviso se supo, hácia la segunda quincena de Febrero del año 1832, que Brujon, aquel adormecido y amodorrado, había hecho practicar, por los mandaderos de la casa, no en su nombre, sino bajo el nombre de otros tres de sus camaradas, tres comisiones diferentes, las cuales le habían costado, en todo, unos cincuenta sueldos, gasto exorbitante, que llamó la atencion del cabo de los presos.

Pasaron á adquirir informes, y consultando la tarifa de los mandados, que se hallaba expuesta al público en el locutorio de los presos, se llegó á saber que los cincuenta sueldos se descomponían de esta manera; tres recados; uno al Panteon, diez sueldos; otro al Val-de-Grâce, quince sueldos; y el tercero á la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos. Este era el más caro de toda la tarifa. Ahora bien en el Panteon, en el Val-de-Grâce, y en la barrera de Gre-

nelle se hallaban precisamente los domicilios de tres vagabundos rondantes de barrera muy temibles, Kruideniers, álias Bizarro, Glorieux, presidiario licenciado, y Barre-Carrosse, hácia quienes se dirigieron desde entónces. con motivo de este incidente, las miradas de la policía. Creíase adivinar que estos hombres estaban afiliados á Patron-Minette, de cuya banda habian caido en el garlito dos jefes, Babet y Gueulemer. Se llegó á suponer desde luégo que en los envíos de Brujon, entregados, no en domicilio determinado, sino á gentes que estaban esperando en la calle, debía de haber ciertos avisos para algun crimen que se estaba tramando. Aún se tenían otros indicios, se echó mano á los tres vagabundos, y se creyó haber olfateado la maquinacion de que Brujon se ocupaba.

Como una semana despues de haberse tomado estas medidas, un celador de ronda que inspeccionaba una noche el dormitorio de abajo del Edificio-Nuevo, en el momento de depositar él su castaña en la caja de las castañas, — pues tal era el medio empleado para asegurarse de que los celadores hacian exacta y puntualmente su servicio; cada hora debía caer una castaña en todas las cajas ó cepillos clavados á las puertas de los dormitorios; — un celador vió, pues, por la trampilla ó júdas del dormitorio á Brujon sentado en la cama y escribiendo alguna cosa á la claridad de la lamparilla. El celador entró, encerraron á Brujon por un mes en el calabozo, pero no se pudo coger ni por consiguiente averiguar lo que habia escrito. La policía no pudo saber más sobre esto.

Lo cierto es que, al dia siguiente, fué lanzado « un postillon » desde el patio Carlomagno á la Fosa-de-los-Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba los dos patios.

Los presos dan el nombre de postillon á una bola de pan

artísticamente amasada que se envía á Irlanda, es decir, por encima de los tejados de una cárcel, de uno á otro patio. Etimología: por encima de la Inglaterra, de la una á la otra tierra; á Irlanda. Esta bola cae en el patio, El que la recoge la arbre, y encuentra dentro una esquela dirigida á algún preso del patio. Si es otro preso el que hace el hallazgo, entrega al instante la esquela al individuo á quien está destinada; si es un celador, ó alguno de los presos secretamente vendidos, y á quienes dan el nombre de carneros en las cárceles y de zorros en los presidios, la esquela pasa á manos del alcaide, quien la entrega á la policía.

Esta vez el postillon llegó á su destino, bien que aquel á quien el mensaje iba encaminado se hallase á la sazón ausente de aquel sitio. Aquel á quien estaba dirigida la esquela era nada ménos que Babet, uno de los cuatro jefes de Patron-Minette.

El postillon contenia un papel enrollado en el cual no se leian sino estas dos lineas:

— Babet. Hay un negocio que hacer en la calle de Plumet. Una verja que da á un jardin.

Este era el negocio que Brujon habia escrito aquella noche.

En despecho de todos los registros y escudriños, Babet halló medio de hacer que pasara aquella esquela desde la Force hasta la Salpêtrière, á manos de una « buena amiga » que él tenía allí y que estaba encerrada. Esta mujer á su vez transmitió el papel á otra á quien ella conocia, la llamada Magnon, muy vigilada por la policía, pero que aún no habia sido reducida á prision. Esta Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenía con la Thénardier ciertas relaciones que precisaremos más adelante, y podia, yendo á ver á Eponina, servir como de puente entre la Salpêtrière y las Madelonetas.

Sucedió justamente que, en este mismo momento, faltando pruebas suficientes en la instrucción dirigida contra los Thénardier con respecto á sus hijas, Eponina y Azelma fueron puestas en libertad.

Cuando Eponina salió á la calle, Magnon, que la esperaba puesta en acecho á la puerta de las Madelonetas, la entregó la esquila de Brujon á Babet, encargándola de explorar el negocio.

Eponina pasó á la calle de Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espíó, acechó, y al cabo de algunos días, llevó á la Magnon, que habi'aba en la calle de Clocheperce, un bollo que Magnon transmitió á la querida de Babet en la Salpêtrière. Un bollo, ó un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa : *nada hay que hacer allí*.

De modo que, á ménos de una semana de suceder esto, como Babet y Brujon se cruzasen en el camino de ronda de la Force, yendo el uno « á la instrucción » y viniendo el otro :

— ¿ Y bien, preguntó Brujon, la calle de P. ?

— Bizcocho, respondió Babet.

Así abortó este feto de crimen concebido por Brujon en la Force.

Este aborto sin embargo tuvo sus consecuencias, enteramente extrañas al programa de Brujon. Ya las veremos despues.

Con frecuencia sucede que, creyendo anudar un hilo, es otro el que se ata.



III

APARICION AL TIO MABEUF

Marius no solia ya ir á visitar á nadie; sólo que le sucedia algunas veces el encontrarse con el tío Mabeuf.

Mientras que Marius descendia lentamente esas gradas lúgubres que pudieran llamarse la escalera de las cuevas, y que conducen á ciertos lugares sin luz donde se oye á los afortunados marchar sobre vuestras cabezas, el señor Mabeuf descendia también á su vez.

La *Flora de Cauteretz* no se vendia ya absolutamente. Las experiencias sobre el añil no habian sido coronadas de buen éxito en el jardinito de Austerlitz, que se hallaba mal expuesto al sol. El señor Mabeuf no podia cultivar allí sino algunas plantas raras que requieren humedad y sombra. Sin embargo, él no se desanimaba. Habia obtenido un pequeño terreno en el Jardín de las Plantas, en muy buena exposicion, con el objeto de hacer allí, « á

sus expensas, » los ensayos de añil. Para hacer esto había puesto en el monte de piedad los cobres de su *Flora*. Había reducido su almuerzo á un par de huevos, de los cuales dejaba uno para su anciana criada, cuyo salario no pagaba hacia ya quince meses. Y muchas veces este almuerzo era su única comida. Ya no reía con aquella risa infantil que ántes se notaba en él, se había vuelto meditabundo y triste y no recibía ya visitas. Hacía bien Marius en no pensar nunca en ir por aquella casa. Á veces, á la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín de las Plantas, el anciano y el joven se cruzaban en el boulevard del Hospital. Nada hablaban, limitándose á saludarse tristemente con un signo de cabeza. Cosa desgarradora, en verdad, que hay un momento en que la miseria disuelve y desata los lazos de la amistad! Eran dos amigos, y ya no son sino dos transeuntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf no conocía ya más que sus libros, su jardín y su añil; estas eran las tres formas que habían tomado para él la dicha, el placer y la esperanza; y esto le bastaba á él para vivir. Solía decirse: — Cuando haya conseguido hacer mis bolas de azul, me enriqueceré, sacaré mis láminas de cobre del monte de piedad, volveré á poner en boga mi *Flora* á fuerza de charlatanismo, de grandes redobtes de tambor y de anuncios en los periódicos, y compraré, bien me sé yo dónde, un ejemplar del *Arte de navegar* de Pedro de Medina, con grabados en madera, edición de 1559. — Entre tanto, trabajaba todo el día en su cuadro de añil, y por la tardecita entraba en su casa, á regar su jardín y á leer sus libros. El señor Mabeuf contaba en esta época muy cerca de ochenta años.

Una tarde tuvo cierta singular aparición.

Había entrado en su casa cuando aún era de día muy claro. La tía Plutarco, cuya salud se iba descomponiendo,

estaba indispuesta y se había acostado. Él había comido de un hueso donde quedaba un poco de carne y un pedazo de pan que encontró sobre la mesa de la cocina, y se había sentado despues sobre un recanto de piedra tendido en el suelo que le servía de banco en su jardín.

Junto á este banco se hallaba, segun era de uso en los antiguos jardines-huertos, un gran cajon formado con vigas y tablas, muy deteriorado ya, madriguera de conejos en su piso bajo y frutero en el alto. En la madriguera no había conejo ninguno, pero en el frutero había algunas manzanas, restos de la provision de invierno.

El señor Mabeuf se había puesto á hojear y á leer, sirviéndose de sus anteojos, dos libros que le apasionaban, y aún, cosa más grave en su edad, le preocupaban mucho. Su natural timidez le hacía propenso á la aceptación de ciertas supersticiones. El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancré, *De la inconstancia de los demonios*, y el otro era un tomo en cuarto, de Mutor de la Rubaudière, *Sobre los diablos de Vauvert y los duendes de la Bièvre*. Este último libraco le interesaba con tanta más razón, cuanto que su jardín había sido uno de los sitios más frecuentados por los duendes en la antigüedad. El crepúsculo empezaba ya á blanquear los puntos elevados y oscurecer los sitios bajos que tocan á la tierra. Miéntras que estaba leyendo, el tío Mabeuf levantaba los ojos de vez en cuando por encima del libro que tenía en las manos, y consideraba sus plantas, entre otras un rosago magnífico que era uno de sus consuelos; cuatro dias de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de agua, acababan de pasar; los tallos se encorvaban, los capullos se inclinaban, las hojas caían, todo aquello tenía grande necesidad de riego; especialmente el rosago estaba mustio y triste. El tío Mabeuf era una de esas personas para quienes las plantas tienen alma. El anciano había

trabajado durante todo el día en su cuadro de añil, y se hallaba rendido de cansancio; sin embargo, se levantó, colocó sus libros sobre el banco, y se fué andando, todo él encorvado y con pasos inseguros, en dirección del pozo; pero cuando hubo cogido la cadena, no pudo siquiera tirar de ella lo suficiente para desengancharla. Entonces se volvió y alzó una mirada de angustia hacia el cielo que se iba ya poblando de estrellas.

Aquella noche, ó anochecer, tenía esa serenidad que agobia y oprime los dolores del hombre bajo no sé qué especie de lúgubre y eternal placer. La noche prometía ser tan árida como había sido el día.

— ¡ Estrellas por todos partes, dijo para sí el anciano; ni siquiera la más pequeña nube! ni una lágrima de agua!

Y su cabeza, que se había levantado un momento, volvió á caer sobre su pecho.

Levantóla de nuevo, y miró otra vez al cielo murmurando:

— ¡ Una lágrima de rocío! ¡ un poco de conmiseración!

Probó segunda vez á desprender la cadena del pozo, y no pudo.

En este momento oyó una voz que decía:

— ¿ Tío Mabeuf, quiere usted que yo le riegue su jardín?

Al mismo tiempo se hizo sentir un ruido como de algun animal, de caza mayor, que atravesaba el seto, y vió salir de entre aquellas malezas una especie de muchachona flacucha que se le plantó por delante mirándole con desdén. Aquella aparición tenía ménos trazas de persona humana que de una forma que acababa de crear la sombra crepuscular de la tarde.

Antes que el tío Mabeuf, que se asustaba con facilidad, y que tenía, como hemos dicho, una grande propensión al espanto, hubiera podido responder ni una sola sílaba, aquel ser, cuyos movimientos tenían en la oscuridad una

especie de vivacidad brusca, había ya descolgado la cadena, sumergido y sacado el cubo, llenado de agua la regadera, y el buen hombre contemplaba embaído aquella aparición que tenía los piés desnudos y una falda hecha jirones, corriendo por los acirates, visitando los cuadros y distribuyendo la vida en derredor de ella. El ruido que hacía la regadera sobre las hojas llenaba de gozo y de arrobamiento el alma del tío Mabeuf. Parecía que ahora ya el rosago era dichoso.

Vaciado el primer cubo, la moza sacó un segundo, y después un tercero, hasta que regó todo el jardín.

Al verla así andar por aquellas veredas donde su figura aparecía enteramente negra, agitando entre sus grandes brazos angulosos su pañoleta recortada y hecha añicos, ofrecía algo del aspecto de un murciélago.

Luégo que hubo concluido, acercóse á ella el tío Mabeuf, con las lágrimas en los ojos, y la puso la mano en la frente.

— Dios la bendecirá á usted, la dijo, usted es un ángel, puesto que tanto cuidado tiene con las flores.

— No, respondió ella, yo soy el diablo; pero me es igual.

El viejo exclamó, sin esperar y sin oír su respuesta:

— ¡ Qué lástima que sea yo tan desgraciado y tan pobre, y que nada pueda hacer por usted!

— Algo puede usted hacer, replicó ella.

— ¿ Qué?

— Decirme dónde vive el señor Marius.

El anciano no comprendió.

— ¿ Qué señor Marius es ese?

Levantó él su mirada vidriosa y pareció como que buscaba algo desvanecido.

— Un jóven que hace algun tiempo venía aquí.

— Sin embargo, el señor Mabeuf había rebuscado en su memoria.

— ¡ Ah! sí... exclamó, ya sé lo que usted quiere decir.

Espere usted: el señor Marius... el baron Marius Pontmercy, ¡pardiez! vive... ó más bien, ya no vive... ah bien, yo no sé.

Y mientras esto decía, se había inclinado al suelo para sujetar una rama del rosago, y continuó:

— Oiga usted, ahora que me acuerdo: suele él pasar muy á menudo por el boulevard, y va hácia el lado de la Glacière; á la calle de Croulebarbe; al campo de la Calandria. Vaya usted por allí. No es difícil hallarle.

Cuando el señor Mabeuf se incorporó, ya no había allí nadie, la jóven había desaparecido.

Decididamente, tuvo él algun miedo.

— De véras, dijo para sí, si no viera que ha regado mi jardín, creeria que eso era un espíritu.

Una hora despues, cuando ya estaba acostado, volvió á acordarse de esto, y al tiempo de adormecerse, en ese momento, turbio y confuso, en que el pensamiento, semejante á aquel pájaro fabuloso que se transforma en pescado para pasar el mar, va tomando poco á poco la forma de delirio para atravesar el sueño, decíase él medio adormido:

— En verdad, que eso se parece bastante á lo que la Ruhaudière refiere de los duendes. ¿ Si será algun duende?

IV

APARICION Á MARIUS

Algunos dias despues de esta visita de un « espíritu » al tío Mabeuf, una mañana, — era un lunes, el dia en que Marius pedía prestada la moneda de cinco francos á Courfeyrac para enviársela á Thénardier, — Marius se había metido en el bolsillo esta moneda de cien sueldos, y ántes de llevársela al alcaide, había ido á « pasearse un poco, » confiado en que, á su vuelta, esto le haría trabajar. Por lo demas, siempre hacía lo mismo. Desde el momento en que se levantaba, se sentaba frente á un libro y una hoja de papel para borrajear alguna traduccion. En esta ocasion traía él entre manos una tarea que consistía en hacer la version en frances de una célebre querella de alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; tomaba á Savigny, impulsaba á Gans, leía cuatro líneas, probaba á escribir una, no podia, veía una estrella siempre entre su papel y

él, y se levantaba de su silla diciendo : — Voy á salir. Eso me dará alientos para trabajar despues.

Y se iba al campo de la Calandria.

Allí veía él más que nunca la estrella, y ménos que nunca á Gans y á Savigny.

Volviase á casa, probaba á continuar su tarea, pero sin poder conseguirlo; no habia medio de reanudar ni uno solo de los hilos rotos en su rebro. Entónces se decia : — Mañana no saldré. Eso es lo que me impide trabajar. — Y no dejaba de salir ningun dia.

Más habitaba él en el campo de la Calandria que en el cuarto de Courfeyrac. Las verdaderas señas de su casa eran estas: boulevard de la Santé, en el séptimo árbol despues de la calle de Croulebarbe.

Aquella mañana, se había él separado de este séptimo árbol, y sentádose sobre el parapeto del arroyo de Gobelins. Un sol alegre penetraba por las hojas frescas, dilatadas y enteramente luminosas.

Él no cesaba un instante de soñar con « Ella, » y su ensueno, convertido en reproche, recaía sobre él mismo: pensaba tristemente en la pereza, en aquella parálisis del alma que le dominaba, y en aquella noche que se iba haciendo, de instante en instante, cada vez más lóbrega para él, en términos que ni siquiera distinguía ya el sol de la mañana.

Sin embargo, en medio de este penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran siquiera un monólogo, tanto se iba debilitando en él la accion, faltándole hasta la fuerza de querer desconsolarse, en medio de esta absorcion melancólica, llegábanle las sensaciones del exterior. Oía detras de él, debajo de él, en ambas orillas del arroyo, á las lavanderas de Gobelins golpear la ropa, y por encima de su cabeza, á los pájaros garlar y cantar entre los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, de la indiferencia dichosa, del ocio con alas; y por otro, el ruido del

trabajo. Espectáculo que le hacía soñar profundamente, y casi reflexionar, este de dos ruidos alegres.

De improviso, en medio de su éxtasis opresor, oyó una voz conocida que decia :

— ¡ Toma ! ¡ aqui está !

Levantó los ojos, y reconoció á aquella desdichada criatura que había ido una mañana á su cuarto, la mayor de las hijas de Thénardier, Eponina; ahora sabía él ya cómo se llamaba. Cosa singular, se hallaba empobrecida y embellecida, dos pasos que parecia extraño hubiera ella podido dar. Había realizado sin embargo un doble progreso, hacía la luz y hacía la miseria. Iba descalza y envuelta en andrajos como el dia en que había entrado tan resueltamente en su cuarto, sólo que sus andrajostenian ya dos meses más; los agujeros eran más grandes, y más sórdidos los guiñapos. Era aquella misma voz bronca, aquella misma frente empañada y arrugada por el bochorno, aquella misma mirada libre, extraviada y vacilante. Tenia de más que otras veces en la fisonomía ese no sé qué de espantoso y de lamentable que la residencia en una cárcel añade á la miseria.

Llevaba briznas de paja y de heno entre el pelo, no como Ofelia por haberse vuelto loca al contagio de la locura de Hamleto, sino porque se había acostado en algun pajar.

Y con todo esto, estaba hermosa. ¡ Qué astro eres, oh juventud !

Sin embargo, habíase ella detenido en presencia de Marius con un poco de alegría en su semblante lívido y algo que se asemejaba á una sonrisa.

Durante algunos momentos, estuvo como si la fuera imposible hablar.

— ¡ Conque al cabo le encuentro á usted ! dijo al fin. ¡ El tío Mabeuf tenía razon, era en este boulevard ! ¡ Cuánto le he buscado ! ¡ si usted supiera ! ¿ No sabe usted nada de

eso? He estado en el estaribé. ¡Quince días! Però al fin me echaron á la ulicha¹, cuando vieron que nada tenían que decir contra mí, y que además no tengo la edad del discernimiento. Poco falta ya para dos meses. ¡Oh! cómo le he buscado á usted! seis semanas hace ahora. ¿Conque ya no vive usted allá, donde nosotros vivíamos?

— No, contestó Marius.

— ¡Oh! ya comprendo. Por causa de la cosa. No agrada nunca el ver por casa á esos mequetrefes. Usted se ha mudado. ¡Toma! ¿por qué lleva usted un sombrero tan viejo? un jóven como usted, debe ponerse buena ropa. ¿Sabe usted, señor Marius? el tío Mabeuf le llama á usted el baron Marius de no sé qué más. ¿Verdad que no es usted baron? los barones son unos viejos, que suelen ir al Luxemburgo y se sientan en frente del palacio, donde hace buen sol, y allí pasan el tiempo en leer la *Quotidienne* por un sueldo. Una vez fui yo por una carta á casa de un baron que era así. Tenía más de cien años. ¿Diga usted, adónde vive usted ahora?

Marius no respondió.

— ¡Ah! continuó la muchacha, tiene usted un agujero en la camisa. Es menester que yo le cosa á usted eso.

Y añadió con cierta expresion que poco á poco se iba haciendo sombría:

— Ya veo que no está usted contento de verme.

Marius callaba; ella tambien guardó un momento de silencio, y despues exclamó:

— ¡Y sin embargo, si yo quisiera, le obligaria á usted á estar contento!

— ¿Qué? preguntó Marius. ¿Qué es lo que usted quiere decir?

— ¡Ah! ¡usted me tuteaba ántes! repuso ella

¹ Á la calle.

— ¿Y bien, qué es lo que quieres decir?

Ella se mordió los labios; parecia vacilar, y como entregada á una especie de combate interior. Por último, se decidió al parecer á tomar un partido.

— No le hace, de todos modos, lo cierto es que usted tiene el semblante triste, y yo quiero que esté usted contento. Prométame usted siquiera que va á reir. Yo quiero verle á usted reir y oírle decir: ¡Ah bien! eso es bueno. ¡Pobre señor Marius! ¿no se acuerda usted? me habia usted prometido que me daría todo lo que yo quisiera...

— ¡Sí! ¡pero habla pues!

Ella miró entónces á Marius en lo blanco de los ojos y le dijo:

— Sé las señas,

Marius palideció. Toda su sangre se le agolpó en el corazon.

— ¿Qué señas?

— ¡Las señas que usted me habia pedido!

Y añadió, como si hiciera ella un esfuerzo:

— ¡Las señas... bien lo sabe usted!

— Sí, tartamudeó Marius.

— ¡De la señorita!

Y al pronunciar esta palabra, dió ella un profundo suspiro:

Marius saltó del parapeto sobre el cual se hallaba sentado y la tomó desatinadamente la mano.

— ¡Oh! ¡Y bien, condúceme! ¡dímelo todo! y pídemelo cuanto quieras! ¿Dónde está?

— Venga usted conmigo, respondió la muchacha. Yo no sé decir bien la calle ni el número; es enteramente al otro lado de la ciudad; pero conozco bien la casa, y voy á conducirle á usted.

Retiró ella su mano, y con un tono que habria llenado

de aflicción á un observador, pero que no llamó siquiera la atención de Marius, ebrio y absorto, añadió :

— ¡ Oh ! ¡ qué contento está usted !

Una nube pasó sobre la frente de Marius. Cogió á Eponina por el brazo, y la dijo :

— ¡ Júrame una cosa !

— ¿ Jurar ? repuso ella, ¿ qué es lo que quiere decir eso ? ¡ Vaya ! ¿ conque quiere usted que yo jure ?

Y al decir esto, se echó ella á reír.

— ¡ Tu padre ! ¡ prométeme, Eponina ! ¡ júrame que no darás á conocer esas señas á tu padre !

Ella se volvió hácia él, mirándole como estupefacta.

— ¡ Eponina ! ¿ Cómo sabe usted que me llamo yo Eponina ?

— ¡ Prométeme lo que acabo de decirte !

pero ella parecia no comprenderle.

— ¡ Es gracioso eso ! ¡ conque me ha llamado usted Eponina !

Marius la asió por ambos brazos á la vez.

— ¡ Pero contéstame, di, en nombre del cielo ! ¡ atiende bien á lo que te estoy hablando, júrame que no comunicarás las señas que sabes á tu padre !

— ¿ Mi padre ? dijo ella. ¡ Ah sí, mi padre ! descuide usted. Está incomunicado. ¿ Y además, cree usted que yo me ocupo de mi padre ?

— ¡ Pero tú no me prometes aún nada ! exclamó Marius.

— ¡ Vamos, suélteme usted ! le dijo ella riendo á carcajadas, ¡ cómo me sacude usted el cuerpo ! ¡ Sí, sí ! ¡ yo le prometo á usted eso ! ¡ yo le juro á usted eso mismo ! ¿ qué me importa á mí mi padre ? no le diré á él las señas, no. ¡ Vamos ! ¿ acomoda ? ¿ no es esto lo que usted quería ?

— ¿ Ni á tu padre, ni á nadie ? repuso Marius.

— Ni á nadie.

— Ahora, añadió Marius, condúceme.

— ¿ En seguida ?

— En seguida.

— Venga usted. — ¡ Oh ! ¡ qué contento está ! dijo ella. Después de algunos pasos, la muchacha se detuvo.

— Usted me sigue demasiado cerca, señor Marius. Déjeme á mí ir delante, y así me va siguiendo, con mucho disimulo. No conviene que las gentes vean á un joven decente, como usted, acompañando á una mujer como yo.

Ninguna lengua podría expresar todo cuanto se encerraba en esta palabra, mujer, así pronunciada por aquella niña.

En seguida dió como unos diez pasos más, y volvió á pararse ; Marius la alcanzó ; y ella le dirigió la palabra, hablando de lado, y sin volverse hácia él.

— ¿ Á propósito, le dijo, usted sabe que me ha prometido algo ?

Marius se registró el bolsillo. No poseía en el mundo otra cosa que los cinco francos destinados á Thénardier. Los tomó, y se los puso á Eponina en la mano.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda en el suelo, y mirándole con semblante triste y sombrío :

— Yo no quiero su dinero de usted, le dijo.